

tismo? Pues aun en ese caso, disputariamos sobre la eleccion de un déspota. No se canse usted, la paz, lo mismo que la guerra, tiene sus partidarios de buena fe y sus partidarios de mala. Entre esos que llama usted revolucionarios, existen muchos ciudadanos que temen la guerra, precisamente porque llevan algunos años de probar sus sinsabores; no ven en los principios que profesan una cuestion literaria, sino las garantías del porvenir para ellos mismos y para la patria; podrán ser ilusos, pero si el martirio no ha vencido su constancia, ¿por qué les llama usted bandidos?

Gonzalo Esteva.—Amigo, amigo, *la exageracion es el lenguaje de las sociedades que se desploman*, y usted exagera el suyo, como todo partidario.

El Nigromante.—La exageracion en el lenguaje es propia de todas las épocas agitadas, sea que se desplomen ó se levanten las sociedades; la pasion todo lo exagera; las flores retóricas, como la propiedad y como las muchachas, se han inventado para usar y abusar de ellas. No ha estado usted poco exagerado llamándonos á todos los descontentos bandidos.

Junio 20 de 1871.

"EL MONITOR" JUARISTA

JUVENAL Y EL NIGROMANTE.

EL Nigromante.—Felicito á usted, mi querido Juvenal, por su separacion del *Monitor*. Profunda tristeza me causaba contemplar á un escritor juicioso é independiente, sometido á la influencia perniciosa de Caton y de Tancredo; rotas esas cadenas, el génio de usted se remontará por las esferas de la oposicion, sembrando sus flores sobre los buenos patriotas, y disparando sus agudezas sobre los adulares de D. Benito.

Juvenal.—No me he separado, Sr. Nigromante, del *Monitor*, ¿quién ha dado á usted esa noticia?

El Nigromante.—Nadie. Yo me creo la separacion de usted necesaria desde que el *Monitor* se ha declarado juarista, siendo así que usted se burla del Presidente perpetuo.

Juvenal.—Mientras yo conserve la libertad de mis opiniones, no descubro razon suficiente para separarme de la redaccion del *Monitor*. Por otra parte, ese paso, si yo lo diera, me traeria algunos disgustos; se me entregaria inmediatamente á los golpes del hermano terrible. En Yucatan siempre hay en las casas una señora, la más estúpida, encargada de azotar á los criados; en nuestro periódico desempeña ese

oficio Caton. Dígallo Castillo Velasco, denunciado como esclavo fugitivo, á pesar de que con su hermano llenó las columnas monitorianas con los rayos de su pluma durante quince años. Gostkowski engalanó el *Monitor* con las famosas revistas dominicales, imitadas por muchos é igualadas sólo por Altamirano; y recibió, en pago de sus elegantes y amenísimos artículos, insultos mal perjeñados entre el bodegon y la pulquería. Esteva, á quien prodigan sus sonrisas la patria, la literatura y las hermosas; el jóven que ha sabido improvisar ante un jurado, períodos ciceronianos, apareciendo más torrentoso que Iseo, puede atestiguar, que al salir de la redaccion le ha ladrado el perro de la casa. Y siguen Muñoz Silva, y Alegría, y Payno..... y otros, y entre ellos usted. ¿Por qué ha pertenecido usted al *Monitor*?

El Nigromante.—Como no tengo coche, ocupo, á veces, el primer Simon que se me presenta, aunque acabe de dejar á un diputado juarista, y aunque lleve en seguida á algunas niñas alegres á *las luces*. Pero ¿por qué tiene usted tanto miedo á Caton?

Juvenal.—Tiene varias manías, y cuando alguna de ellas le acomete, se pone de atar. ¿Le da por patriota? Nosotros, dice, los que vencimos á los franceses y aseguramos el triunfo de Porfirio Diaz. ¿Le da por sabio? Arregla todas las ciencias. ¿Le da por buen mozo? Es un Caton Califigio. ¿Le da por socialista? Desdeña los convites y se queja de que no le convidan porque no tiene traje decente.....

El Nigromante.—Pero ya es feliz; le veo figurar entre los concurrentes donde el *Monitor* se decidió por la candidatura de Juárez. Y, mi querido Juvenal, no ha llamado la atencion de usted la circunstancia de que el Monitor haya dado color político en un *té* costado por la policía?

Juvenal.—Esas son calumnias de la oposicion; esas son las exageraciones de que habla un autor citado por Gonzalo A. Esteva..... esas imputaciones, de puro inverosímiles.....

El Nigromante.—Yo podré equivocarme en las deducciones, pero siempre parto de hechos incontestables. Lea usted

lo que dice el mismo Caton. “El anfitrión, que fué, segun nos dijeron, el señor Coronel Castro, estuvo franco y delicado.”

Juvenal.—Pero la reunion no tuvo carácter político..... una sorpresa á los amigos.

El Nigromante.—Lea vd. al mismo Caton. Inserta un brándis monitoriano; ¿ya sabe usted lo que quiere decir un brándis monitoriano? Pues bien, en ese discurso constan estas palabras..... “yo brindo, señores, porque salga victoriosa la candidatura de Juárez..... por esto, y nada más que por esto, entiendo, señores, que estamos reunidos”.....

Juvenal.—Pues la verdad, yo entiendo que todo lo que dice ese artículo, intitulado “Un Té,” son puras mentiras de Caton.

El Nigromante.—¿Cómo, pues, ha aparecido esa candidatura de Juárez al frente del *Monitor*?

Juvenal.—Podrá haber algo de cierto, pero insisto en que la tal relacion contiene mentiras estupendas; estaba Caton en su período de delirio..... ya voy recordando algunas de sus ocurrencias.....

El Nigromante.—Explíquese usted, amigo mio, porque va á ser un acontecimiento para la República que Caton se haya decidido por la causa vencedora, desmintiendo así aquel afamado verso

Causa victrix diisplacuit, sed victa Catoni.

Juvenal.—Si no parezco á usted cansado, comenzaremos, como á usted agrada, por los hechos. “La mesa, dice Caton, se puso en un portal que precede al jardin. Éste estaba bellísimamente iluminado, haciendo creer á los convidados, que se hallaban en uno de esos voluptuosos banquetes del tiempo de la célebre Lucrecia Borgia.” Refiere despues: “Amenizaba los *intervalos* una magnífica música de cuerda..... que medio oculta allá entre las penumbras del espeso follaje del jardin, traia á nuestros oidos deliciosas armonías, envueltas en el dulce, voluptuoso y embalsamado aliento de las flores.”

Añade Caton: “La música, la cordialidad, la elocuencia, la poesía, el aroma de las flores, las caricias suaves de la brisa, el tierno murmurio de los arroyuelos y de las hojas de los árboles.”..... Siguen otras lindezas por el mismo estilo.

El Nigromante.—Hasta ahora no descubro en lo leído sino un lenguaje ramplon.

Juvenal.—Va usted á ver las mentiras. El jardín de que se trata será tan grande como la plaza del Colegio de Niñas; sus árboles están recién plantados, y no se recomiendan ni por su variedad ni por su hermosura; al pié de ellos se levantan, más ó ménos, algunas coles, y varias yerbezuelas silvestres; las enredaderas son un chayote y una calabaza, un rosal, dos plúmbagos y una oreja de burro; apénas completarán una corona para Caton; nada de arroyuelos ni de caños; una fuente en el centro sobrado silenciosa; el portal donde fué el convite, sirve á veces de caballeriza, y pudiera alquilarse para un nacimiento: ese fué el lugar de la escena! Si Caton se creyó en los voluptuosos banquetes de Lucrecia Borgia, fué porque sólo esa clase de banquetes voluptuosos ha visto en el teatro. La brisa no le llegaba ni del Golfo de México ni del Pacífico. La elocuencia que disfrutó fué la suya propia, y los versos los de Escamilla. Vea usted si un hombre que delira hasta ese extremo..... ¿Se enoja? Calumnia. ¿Está alegre? Miente.

El Nigromante.—Sin embargo, no debe vd., amigo, olvidar una advertencia que obra en ese artículo descriptivo; no tiene vd. más que un camino para que se le elogie cuando deje el *Monitor*, y es el que adoptó Bustamante.

Juvenal.—¿Morirme?

El Nigromante.—No; alguno ha dicho: “nunca quiso recibir remuneracion alguna por los numerosos cuanto instructivos artículos con que llenó las columnas de mi periódico.”

Juvenal.—Parece que el difunto no quiso tocar ese fondo, para dejarlo á su familia; ahora recibirá dos ó tres mil pesos, pues sobre donacion no hay constancia.

El Nigromante.—Me indicó vd. que recordaba algunas extravagancias con que se lució Caton en ese convite. . . .

Juvenal.—Su dicha le trastornó los sentidos, como se descubre en los elogios y en la apología que hace de su persona, sin contar con las mentiras que tengo pomenorizadas; su primera alucinacion consistió en creerse en la Huasteca y figurarse que veía el alambre telegráfico en un tendedero; trepa y se da un porrazo. Bebe de nuevo para curarse, y como tomó cognac con té, rom de Jamaica con té, vino del Rhin con té, marrasquino con té, cerveza con té, pulque con té, y otras muchas cosas con té, porque al fin aquello no era más que un té, se le fija el pícaro en la cabeza; y recordando que en algunas provincias de la China se sirven de los monos para cosechar el té, como lo habia visto en una estampa extraviada de la obra de Marquis; asalta un árbol y comienza á deshojarlo, hasta que Tancredo grita: “¿dónde está mi sombrero?” Entónces Caton calipigio, da tres saltos y se lo lleva. Tancredo tuvo la amabilidad de invitar repetidas veces á Caton á que bebiese; Tablada contó con ese motivo, la anécdota de un frances y su perrita.

El Nigromante.—Embelesado con la charla de vd., se me pasaba preguntarle si cree vd., como asegura Tancredo, que los reeleccionistas defienden lo nuevo, la Reforma y la democracia. Razones para duda: lo nuevo, no es D. Benito; lo nuevo, no es la dictadura. Los reeleccionistas tampoco defienden la Reforma; uno que otro, como Prieto, todavía creen en esa vejestoria; no así D. Benito ni su ministerio. Dígalo la autorizacion que tiene el arzobispo para restablecer los conventos de monjas.

Juvenal.—¿Qué hacer si ellas quieren vivir en comunidad? ¿No pueden vivir como se les antoje?

El Nigromante.—Comienzo por dudar de que la mayor parte de ellas tengan ese antojo. Yo sé de una que conservando su castidad y sus prácticas religiosas, y sacrificando su salud por no quebrantar su clausura, ha reanudado sus relaciones con el mundo y entregada á un honesto trabajo, proporciona la subsistencia á una madre anciana y á dos hermanas desvalidas; ella se dejará arrastrar por el fanático superior, pero ¿no

nos toca á nosotros los progresistas defender á la madre de familia? ¿No es un plagio el que se comete con esas mujeres, arrancándolas de su hogar para que el clero disfrute de los cuatro mil pesos con que á cada una de ellas ha dotado la Nación? ¿La libertad religiosa no tiene por límite el perjuicio de tercero y las exigencias de la Reforma? ¿D. Benito nos ha traicionado! En cuanto á la democracia, para calcular hasta dónde la representa D. Benito, me limitaré á observar que es muy demócrata el Presidente cuya conducta le ha conquistado el odio de los ayuntamientos, de las legislaturas, de algunos gobernadores, del Congreso general, de la Diputación permanente, de los funcionarios judiciales, de la prensa no asalariada, de todas las personas imparciales, llegando su impopularidad hasta el extremo de obligarle á desconfiar de sus propios partidarios. ¿De dónde, pues, el *Monitor* ha sacado sus razones para proclamar tan ridícula candidatura?

Juvenal.—Yo no sé de qué ministerio. Pero Juárez es célebre por su apego á las instituciones. . . .

El Nigromante.—Se le creyó en un tiempo esa virtud; después el desengaño conserva la misma frase, interpretándole como apego á la silla presidencial. ¡Hombre feliz! Si triunfa disfrutará la elocuencia de Tancredo, la poesía de Escamilla y las monadas del mono trompeta; y si pierde, se retirará á la vida privada en la Huasteca, seguido de Caton, de Escamilla y de Tancredo. En cuanto á vd., amigo, despídase para siempre de la imprenta de Letran; no vuelva vd. ni por la avenida de los monos.

Junio de 1871.

Á LOS ELECTORES¹

LOS partidarios personistas humillan al individuo, y son la mayor de las injurias para el pueblo; ni se les puede justificar, ni concebir, bajo una bandera democrática.

Se comprende que los monarquistas proclamen la necesidad política de un hombre; ellos buscan la legitimidad como base administrativa, y se reconocen como incapaces de gobernarse por sí mismos.

Son lógicos los sectarios religiosos cuando, creyendo en la infalibilidad sobre la tierra, depositan ese poder extraordinario en un solo sacerdote, y despojándose de la razón y de la libertad, las abandonan marchitas sobre las gradas de un solio.

Pero ¿cómo puede existir un presidente necesario en una nación en donde abundan los poderes, más ó menos iguales, pero fundamentalmente independientes? El emperador, el rey, pueden ser necesarios porque se levantan sobre todas las autoridades del territorio en que dominan. Se concibe un Papa necesario cuando ha logrado someter á los mismos concilios. No así un presidente transitorio; porque si sus pretensiones fueran fundadas, autorizaría con ellas la aparición de

¹ Publicamos este artículo entre los "Diálogos," porque su asunto está íntimamente ligado con ellos.